

—¿Quién es el que la ha herido, hija mía?—
la preguntó el señor Bouret.

Ella contestó con una sublime mentira:

—Yo no lo sé.

Y cayó en un anonadamiento.

XXX

JUSTICIA

A pesar del silencio de su víctima, la culpabilidad de Josselin no tardó en saberse.

Al día siguiente por la mañana no pareció por el bazar de San Germán.

El señor Bouret, que tenía sus dudas, envió á su casa.

La portera no le había visto bajar. Había debido entrar al amanecer, y sin duda debía estar en su cuarto todavía.

Subieron. El cuarto estaba cerrado.

Llamaron y no contestó.

Entonces forzaron la puerta.

Un espectáculo horrible se ofreció ante los ojos de los asistentes.

Josselin, completamente vestido, estaba tendido en su cama, con el pecho atravesado por dos espantosas heridas.

El puñal que había herido á la pobre niña lo tenía clavado en la segunda herida.

En la mesa, cerca de la cama, se veía una carta abierta.

Contenía estas palabras:

«Germana mía:

Voy á reunirme contigo. No has querido amarme en este mundo; tal vez me ames en el otro. Me mato con el cuchillo rojo con tu sangre, y eso es una dicha que me hace olvidar las torturas que te debo.

Esperame. Te adoro.

JOSSELIN».

Estaba muerto.

Debía haber sufrido cruelmente.

Tenía los dedos clavados en las ropas desgarradas, pero sus facciones habían recobrado la calma que la muerte, después de las últimas convulsiones, imprime en la fisonomía del hombre.

Había pagado su deuda.

El arma de que se había servido era un pequeño puñal, con la hoja triangular muy afilada. Como recuerdo quizá de su primera educación, el puñal tenía la forma de una cruz.

Se había dado las puñaladas tan fuertemente, que la hoja había entrado hasta el puño.

El asunto hizo poco ruido.

Los periódicos hablaron de ello algunos días, con frases encubiertas y sin precisar detalles. Tal vez no conocían más que imperfectamente las circunstancias de este drama íntimo.

La mayoría de los invitados del señor Bouret á la fiesta del bazar de San Germán no oyeron hablar más que muy confusamente de ello. Supieron que una joven había sido herida y que se trataba de una escena de celos, pero no se explicaban otra cosa.

Algunas semanas después, gracias al hábil cirujano que la curaba y á la solicitud del señor Bouret, y gracias también á la abnegación del se-



Se había dado las puñaladas tan fuertemente,
que la hoja había entrado hasta el pecho.

ñor Perrolet, que pasaba los días y las noches á su cabecera, Germana, después de haber estado un mes entre la vida y la muerte, fué al fin declarada fuera de peligro.

Jamás enferma alguna se vió rodeada de más delicadas atenciones.

El patrón del San Germán la había llevado á su casa, á una hermosa y vasta habitación, donde nada le faltaba.

El señor Labievre iba á menudo á visitarla.

Un día que estaba solo con ella, la dijo:

—Señorita Germana, ha perdido usted una sortija el día de ese terrible accidente. ¿Lo recuerda?

Un ligero rubor coloreó su fisonomía blanca como la muselina de sus ropas de cama.

—Es verdad, una sortija—murmuró ella.

—Soy yo el que la ha cogido. ¿Comprende, verdad? Si el señor Perrolet la hubiera visto, ¡qué pena para él!

Ella inclinó dulcemente la cabeza.

—Gracias—dijo ella,— es usted muy bueno.

—Cuando puedo. Eso no tiene gran mérito. Es natural.

Él se acercó más todavía.

—Y el que se la ha dado, ¿pregunta por usted al menos?

Una lágrima brilló en sus ojos.

—No—dijo ella.

—Entonces, esa alhaja tan magnífica...

—Se ha concluído. No es más que un recuerdo.

Ella bajó la cabeza y su pensamiento se transportó á aquellos días que tan rápidamente transcurrieran y que habían trastornado su vida.

—¿Y Josselin?—preguntó ella.

—Ha muerto. Consigo no ha fallado. Amaba de mala manera á usted, pero ¿es uno dueño de sus sentimientos?

—¡Pobre muchacho!—murmuró ella.

Esta exclamación era su adiós al pasado.

Sin embargo, se equivocaba.

El duque de Rochebonne, que había venido á París cuando supo esta catástrofe, enviaba todos los días á saber de ella, por la portera de la calle de la Sourdière.

No regresó á Milán hasta que pasó todo peligro para aquella angelical criatura, á la que involuntariamente había causado tantos sufrimientos.

La señora Pellerin, que la vió un día en que corría gran peligro, se echó á llorar. Se puede tener debilidades y no ser un malvado.

—Ha venido—dijo ella;—la ama siempre.

—Le dará usted las gracias, pero no nos veremos más—respondió Germana.

Trató de sonreirse y añadió:

—Ya ve lo que se gana con no ser juicioso. Dígale que lo sea y que no cause la desgracia de nadie más. Dígale también que yo se lo perdono todo.

El 1.º de Enero por la mañana, cuando ya el día blanqueaba las ventanas del cuarto, el señor Bouret, que entraba con el cirujano, vió al señor Perrolet que, rendido por el cansancio, dormía con la cabeza echada sobre el respaldo de su butaca, cerca de la enferma.

El doctor declaró que ya no había que hacer otra cosa que recobrar las fuerzas perdidas, porque Germana entraba en la convalecencia.

La joven, al sentir ruido de pasos, aunque ligeros, sobre el tapiz, abrió los ojos.

Tuvo una mirada de gratitud para aquel hombre tan agobiado de quehaceres y que, sin embargo, la llenaba de atenciones, teniendo tiempo para consagrárselo todos los días.

—Y bien—la preguntó él, como en el tiempo en que, atravesando el almacén, la acariciaba la barbilla. ¿Hemos resucitado ya, hija mía?

—Gracias á usted y al doctor.

—Gracias á Dios—dijo el cirujano.—¡Ah! ¡Puede usted alabarse de que vuelve de muy lejos!

La joven les señaló á Perrolet dormido.

—Es su enfermero—dijo Bouret. ¡No se ha separado de usted! No vive desde que la dieron esa puñalada; parece que la ha recibido él en el corazón.

Perrolet dormía con un sueño pesado, pero siempre cuidadoso; su traje estaba tan correcto como si estuviera á la cabeza de sus empleados del San Germán.

—Lo que ha sufrido es inconcebible—repitió el señor Bouret. Este pobre Josephin parecía más muerto que vivo. ¡Estaba peor que usted, pobre niña! Pero la ha velado como una hermana de la Caridad y no se ha alejado ni un segundo, guardándola como si fuera usted un tesoro inestimable para él; bien debe usted conocer el motivo.

Ella bajó la cabeza.

—Es que la ama, que es usted su pasión. Hace tiempo ya; pero es tan tímido el pobre, que no se lo confesaría nunca. Escúcheme, Germana: yo la quiero también, hija mía; me ha inspirado usted siempre una gran simpatía. ¿Por qué? No lo sé. Yo no la amo como Perrolet. Mi cariño es paternal. Tengo demasiadas muchachas que vigilar para tener tiempo de enamorarme, ni de la una

ni de la otra. Mire á Josephin: no es ya joven; no es ni feo ni guapo, pero es un hermoso corazón y un hombre galante. Aun cuando se habla con desprecio de los comerciantes, les hay que son más *gentlement* que los marqueses, que poseen pergaminos auténticos. Se le garantizo á usted: él la haría feliz ¿Quiere usted ser su mujer?

Un torrente de lágrimas corrió de los ojos de Germana, que guardó silencio.

—Respóndame y sea sincera. Su corazón está libre, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces ¿por qué rechazarlo?

—Yo no he dicho eso, señor; solamente que, antes de comprometerme, deseo tener con él un momento de conversación.

—¿Con quién?

—Con él—dijo señalando á Perrolet.

—¡Josephin!—dijo el señor Bouret despertando á su amigo;—la confesión está hecha; os dejo á los dos. Arreglaos; eso es cosa vuestra.

Y desapareció con el doctor.

—Señor Perrolet—exclamó la joven temblando,—me dicen que me ama usted.

—Sí, la amo, Germana; sí, ¡la amo! Hace mucho tiempo; solamente que no tenía valor para decírselo. Es ridículo de mi parte, ¿no es verdad? ¡Soy un comerciante viejo, una bestia vieja, un campesino, porque yo he seguido siendo siempre campesino!

Ella vaciló un momento y se mordió los labios para contener un sollozo.

—Antes de ir más lejos—añadió,—tengo una confesión que hacerle.

—¿Una confesión?—dijo él vivamente.—¿Qué confesión? ¡No quiero oír nada! La prohibo hablar.

—Sí, debe usted saberlo todo.

Él la puso la mano en la boca.

—No. Calle usted. Si ha cometido usted errores ó tenido debilidades que hacerse perdonar, mi pobre Germana, ¿es que yo no necesito también de su indulgencia? ¿Es que no es preciso que me perdone mi edad, mis cabellos grises, mi ignorancia? Guarde usted sus secretos; yo no se los pregunto. La amo ardientemente, Germana. ¡La amo por su dulzura, por su bondad, de la que he tenido la prueba! ¡Quién de nosotros es perfecto, hija mía! La amo tal cual es; estoy seguro de que será usted una mujer honrada. Dígame solamente: Consiento en llevar su nombre, en darle mi mano, y yo seré el más feliz de los hombres. ¿Quiere usted?

—Sí, señor Perrolet.

—Y yo juro hacerle la vida dichosa, tranquila y dulce; consagrarme á usted por entero, á su felicidad. Yo no dejaré á mi amigo Bouret; usted no me lo exigirá tampoco. Sin embargo, usted es la dueña. ¡Es usted la que mandará!

Ella dejó caer su blanca mano sobre la del excelente hombre, que se puso de rodillas y se la besó con transportes de cariño.

—¡Ah! Germana—dijo él,—¡qué felicidad debo á usted, y cuán reconocido he de estarle!

El casamiento se efectuó en la primavera, en Santo Tomás de Aquino.

Si vais al Bazar de San Germán, ya no veréis á la señora Perrolet.

Sus cien mil libras de renta la dispensan de

ocupar una plaza en los almacenes del señor Bouret, donde, según es muy verosímil, su marido vivirá hasta el fin de sus días.

Ella emplea su fortuna en hacer caridades.

Ha conseguido de su marido que le pase una renta á la madre del desgraciado Josselin.

La pobre anciana recibe dos de manos del cura de Servoz, pero ignorando la procedencia.

La otra procede del duque de Rochebonne.

Los porteros de la calle de la Sourdière han perdido su encantadora inquilina, pero viven muy á gusto. El antiguo amado de Germana, que á veces la echa de menos, los ha enriquecido, á condición de que guarden silencio absoluto, silencio que ellos, por su parte, no tienen deseos de romper.

Cuando la señora Perrolet pasea en coche por el Bosque de Bolonia, y por casualidad encuentra á Rochebonne, éste la saluda con profundo respeto, haciendo justicia á tan admirable mujer.

Los hijos abandonados en las condiciones de esta mujer tan dulce y que no tienen más que una falta de qué acusarse, son dignos de respeto; no han tenido quien los defienda ni los ampare contra las asechanzas del mundo.

El príncipe Pradine se ha casado con Marietta Trani en la catedral de Milán, con gran pompa. De continuo habitan su castillo de Crimea, siempre lleno de ruido y de animación.

Por aquellos días bautizaron en Santa Clotilde al niño Sergio Nicolás Fernando de Rochebonne, que tiene ya tres meses, y, según parece, será el único heredero de esta raza histórica.

El marqués de Saville había pensado en un principio que este niño de última hora tendría

todas las señales de la decrepitud y de la debilidad, pero sus esperanzas han salido fallidas.

El niño Sergio Nicolás es notablemente hermoso y fuerte.

El ávido coleccionador de *bibelots* no está contento, pero tiene instantes de gentilhombre y disimula su despecho bajo las formas más corteses.

Giuseppina está más espléndida todavía. La maternidad ha dado la última mano á su hermosura.

Afirman que tiene una prudencia ejemplar y que adora á su marido, quien por su parte ha renunciado á las aventuras.

Yago ha recibido su jubilación. Aquel tunantuelo se puso al servicio de un *pachá* que ocupa una fructífera posición en el Serrallo cerca de Su Alteza el Sultán.

Es un moro; pero en ese país, donde las intrigas de los harenes abundan tanto, con su audacia y su habilidad hasta los moros pueden llegar á todo.

El Bazar de San Germán está más en boga que nunca; según todas las apariencias, se sostendrá durante medio siglo sin cambiar nada en sus costumbres.

Después... ¡quién sabe dónde estaremos y él también!

Pero eso ¿qué nos importa?

FIN